



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60 Apartado 547.—Teléfono 1848
Horas: de 9 mañana á 4 tarde

CARAS BONITAS

SUMARIO

CESAR JALON
Sección vermouth.

E. GOMEZ CARRILLO
Las lindas enfermeras.

N. HERNANDEZ LUQUERO
El camino del taller.

ANTONIO PEDROSA
Soneto.

AGUSTIN PAJABON
Esbozos femeninos.

MANUEL SORIANO
Los caracoles.

F. DE SOREL
Envío

LUIS ESTESO
...Y vamos tirando.

TOVAR, PACO MATEOS,
TINO, MON POL y NINO

Varios dibujos y retratos de
Juanita Casanova y Enrique
Gómez Carrillo.



5 cénts.

JUANITA CASANOVA

Una ballarina que hace locuras con los pies y cuya sonrisa van á comprar los alemanes, porque causa más víctimas que el mortero del 42.



Los bailes rojos de Logroño.

Bailaban? ¿Paseaban? Nada más difícil que precisarlo; yo sólo afirmaré que se movían. Hombres y mujeres apiñábanse en aquel trozo de paseo, que es gala y ornato de la capital de la Rioja. Y era aquella muchedumbre, abigarrada y compacta como una llamarada de tonos bermejos, que ya próxima á su extinción, dejase sobre la tierra un ascua enorme.

De vez en vez, oscilaba el ascua humana, balanceándose el gentío, y rizándose la roja superficie que fulgía entonces tal que si una corriente de aire la avivase. Este movimiento periódico, matemáticamente calculado, de tantos en tantos minutos, se iniciaba en un borde de la masa,

JARABE DE PICO



—Usted no sabe lo que yo sería capaz de hacer por usted...

—Sí, como todos: mucho de boca, y después... nada.

agitaba el centro y tocaba á su término en el otro borde, dando el gentío la justa sensación de un hervidero.

Cuando esto sucedía, los machos, aferrados á las hembras, fundiéndose y confundiendo con ellas en una brutal ensambladura de la materia, dejábanse caer de un lado empujando á sus vecinos, que hacíanlo á su vez sobre los más cercanos, como si con sus propios cuerpos quisiesen poner en evidencia la ley del choque.

A esto le daban allí el nombre de la «ola» ó la «marea»; pero yo os juro que «esto» no tiene nombre.

Casi todos los hombres eran soldados que lucían sus uniformes adornados con vivos de grana; casi todas las mujeres dixeran fantásticas cantineras disfrazadas con percalinas chillonas, rojas faldas y pañuelos charros. En los rostros de unos y de otras brillaban encandilados los ojos, amenazando estallar las mejillas que eran amapolas.

Y el sol presidía el incendio de aquel semibaile rojo, calentando las testas de aquella muchedumbre abigarrada y compacta que se movía en el paseo de la capital de la Rioja...

Tres días: domingo, lunes y martes se han dado cita en el paseo los mismos personajes. A la misma hora ha empezado y ha terminado el baile rojo. Dos docenas de serpentinas y sus buenos cuarenta paquetes de confetti han decorado los árboles y el suelo. Ni música, ni carrozas.

Los hombres y las mujeres no han tenido ningún pretexto para sus furiosas «olas» y «mareas». No han tenido más pretexto que el paseo, y ese no es pretexto «suficiente», porque entonces todo el año sería Carnaval.

Las «olas» y las «mareas» se hacen en Logroño por una razón muy sencilla: porque es Carnaval.

Y es lo que dicen los riojanos: «Si en Carnaval unas carrozas, unos paquetones

HABLANDO EN PLATA



El.—Pero *dix francs*, ¿cuánto es?

Ella.—Diez pesetas.

El.—Pues habla claro, de una vez.

Ella.—Como me has dicho que te conteste «francamente», pues te he echao la cuenta en francos.

de confetti y dos bandas de música, son pretexto para que en todas partes las mujeres de todas las clases sociales se abracen, se rocen con los hombres, no vamos a privarnos nosotros por la estúpida contingencia de no construir carrozas ó de gastar el dinero en cosa más práctica que el papelito de colores.»

Para rozarse con las mujeres, basta con que haya mujeres—dicen ellos—; y las carrozas, y el confetti, y la música, son accesorios, lujos de la Corte, que, al disfrazar sus caras, disfraza sus sentimientos.

Y por eso, con la franqueza peculiar de aquella región, yo he visto su Carnaval al aire libre, que es el Carnaval más simpá-

tico del orbe, sin carrozas, ni papelitos, ni ruidos molestos... al menos perceptibles.

Y he pensado con el poeta que seríamos muy cuerdos si hiciésemos en la Corte lo que en provincias, esto es, dejarnos de carrozas y armas al hombro, y lanzarnos al paseo del brazo de nuestras compañeras Y en tal actitud que, á palo seco, no se supiese si bailábamos ó paseábamos.

Así han debido pensarlo los que todo lo supeditan á rozarse, y dicen que todo lo demás es música...

CÉSAR JALÓN

DEL MIÉRCOLES DE CENIZA



—¡Anda diez, la Blasita! Va á oír aquello de *Pulvis eris*... ¡Como si no estuviese harta de saberlo!

Próximamente,

Un día y una noche en Londres

por Prudencio Iglesias Hermida

Las lindas enfermeras

Del libro *Crónica de la guerra*, recientemente publicado por nuestro gran Enrique Gómez Carrillo.

El gobierno militar de París acaba de prohibir á las damas de la Cruz Roja que salgan á la calle vestidas de enfermeras. Los gobiernos militares han sido siempre enemigos de la coquetería en tiempo de guerra. Una sonrisa ó una flor, se les antoja una injuria á la gravedad de las horas trágicas. Ya en los tiempos de la gran Revolución, cuando los soldados del general Bonaparte luchaban contra los tiranos de Europa, los parisienses se quejaban de que los comisarios se metieran en sus escarapelas y en sus cofias tricolores. Ahora son los amplios mantos blancos, las tocas albas y las blusas de lino, las que sufren persecuciones policíacas. Y no tenemos necesidad de preguntar el por qué de tales medidas. El por qué es siempre el mismo. «Es preciso ser serias y no ser coquetas», murmura la vez oficial. Sólo que las mujeres, hoy como ayer, hoy como siempre, son más capaces de heroísmo, de sacrificio, que de seriedad exterior y de abandono de la coquetería.

En el caso actual hay, además de esa razón antigua y general, algo que puede llamarse rivalidad femenina.

Todos saben, en efecto, que en tiempos ordinarios la Cruz Roja es una institución eminentemente seria. Las damas que la administran son viudas de generales, esposas de ministros, hermanas de arzobispos. Para servirla, las hijas de San Vicente de Paúl están siempre ahí, con sus grandes rosarios y sus manos pálidas. Laica, en principio, tiene en el fondo, como todas las obras caritativas creadas por mujeres, una especie de beatitud llena de recato.

«A nuestro modo —parecen decir las buenas señoras—, formamos algo así cual una Congregación.»

Pero he aquí que, al iniciarse la guerra, cuando fué necesario apelar á todos los apoyos, hubo que dejar penetrar en los hospitales militares á las que quisieron consagrarse á curar enfermos. Las jóvenes, entonces, eclipsaron á las ancianas, y las bellas fueron más admiradas por el público que las feas.

Entrad en una ambulancia y veréis tantos

lindos rostros como en un teatro en épocas normales. Las más linajudas señoritas, las más ricas herederas, las más lujosas mundanas, las más célebres actrices, están ahí, á la cabecera de los que sufren.

—Hasta las pecadoras! —exclaman con espanto las hermanas de la Caridad.

Y es cierto. Las bellas pecadoras, que ayer veían suicidarse á sus amantes sin conmoverse, emplean sus días y sus noches en aliviar á los que sufren. Un médico viejo, de los que no se emocionan nunca, decía, hablando de las jóvenes enfermeras mundanas:

—Es un espectáculo que me hace á veces llorar, el de estas mujeres acostumbradas á ser tratadas cual ídolos, y que ahora, en las ambulancias, se consagran á oficios verdaderamente repugnantes. No hay nada que

las pobrecitas no hagan con entusiasmo. Con sus manos deliciosas la van las más horribles llagas, barren los más humildes lugares, limpian los más asquerosos trastos. En donde nosotros apenas podemos soportar los olores del yodoformo y del ácido fénico, ellas respiran siempre risueñas.

Pero esto, que á los médicos les parece admirable, á las damas viejas y á las hermanas de la Caridad se les antoja un sacrilegio.

—No tenemos necesidad de cocotas! —le

LOS NUESTROS



Enrique Gómez Carrillo.

respondió una santa hija de San Vicente de Paul á una actriz de la Comedia Francesa que se ofrecia para cuidar enfermos.

Todo lo que no es triste, feo, maduro y ceñudo, resulta cocotesto para las que han monopolizado la virtud.

—Con estas modas nuevas y estos nuevos trajes —dice una duquesa de Flers et Cavaillet—, no hay medio de distinguir entre una mujer perdida y una mujer honesta.

—Sin trajes, tampoco —la contesta un libertino.

En las ambulancias, al principio de la guerra, cuando aún no estaba nada completamente organizado, las directoras de la Cruz Roja creyeron que obligando á las enfermeras voluntarias á vestirse como las *garde malades* de los hospitales, se suprimiría la odiosa coquetería. Con una blusa blanca y una blanca toca, Cecile Sorel tenía, según ellas, que ser igual á Mlle. Durand, del Hôtel-Dieu. Los reglamentos fueron en el acto aplicados con el mayor rigor. Las elegantes sometieron á ellos y aceptaron el humilde uniforme. ¡Pero vaya usted á lograr que una parisiense de raza no haga el milagro de embellecer el más modesto de los atavíos! Con un trajecito de 20 francos, una modistilla de la rue de la Paix es siempre más gentil que una noble y madura provinciana con un vestido de Redefern. Así, al cabo de pocas semanas, la librea hospitalaria llegó á tener prestigio de *chic*, gracias á las que la llevaban.

Y, naturalmente, la gente seria comenzó entonces á exasperarse contra esos cuerpos pecadores que no sabían ocultar sus divinas líneas bajo los trapos reglamentarios y contra esos rostros que estaban iluminados por una sonrisa.

—¿Qué lleva usted bajo la blusa? —pre-

MÁS CLARO, AGUA



—¿De quién es este pequeño?

—Mío.

—Bueno; pero ¿de quién?

—¿No te he dicho que mío? ¡Pues más claro!...

guntó un día una hermana de la Caridad á una actriz

—Vea usted —contestó ésta.

Y, entreabriendo su alba pechera, enseñó un rico corpiño de encajes.

—Sepulcros blanqueados —murmuró la santa mujer, haciendo la señal de la cruz.

Al día siguiente, la actriz llamó aparte á la hermana, y, entreabriendo de nuevo su blusa, mostróle su divino pecho desnudo.

—Ya ve que he suprimido los encajes —la dijo.

La religiosa se desmayó de horror, como era natural.

HECHO Y DERECHO



—Le repito á usted que no hay derecho...

—Pues si hubiera derecho, ¿crees que estaríamos tan tranquilos?

Pero lo que resulta menos natural y más curioso, es que la Prensa, contagiada de puritanismo y de austeridad, se ha declarado también, olvidando las galantes tradiciones del espíritu parisiense, enemiga de la coquetería ambulanciera. En el periódico de Clemenceau, un senador escribía ayer, haciéndose eco de las murmuraciones de las damas maduras:

«Las funciones de enfermera no son de la misma naturaleza que las de conductora de cotillones. Para curar heridos no hay necesidad de levantar los ojos al cielo ni de enseñar hileras de dientes finos como perlas.»

Todo esto es muy cierto. Sin dientes se puede vendar un brazo, y con lentes negros es fácil hacer una tisana. Sólo que yo no sé si resultan peores las vendas puestas con lindas manos que las otras.

Además, hablando seriamente, hay algo de mezquino, algo de odioso, en la antipatía que demuestran las profesionales de las enfermerías contra las lindas damas que, sin dejar de sonreír, se consagran á ayu-

darlas en sus misericordiosas labores por puro entusiasmo patriótico. Desde un punto de vista humanitario y humano, hasta puede asegurarse que entre una actriz que se improvisa enfermera y una hermana de la Caridad, la que más mérito tiene no es esta última. Hace tiempo que los médicos han reconocido que nada es tan funesto en los hospitales como el antiguo régimen místico y tétrico. El doctor Pozi ha recomendado siempre á los que fundan Casas de salud que, además de flores, además de pinturas murales alegres, traten de buscar *garde malades* de rostros agradables. Y el doctor Gottschalk ha dicho:

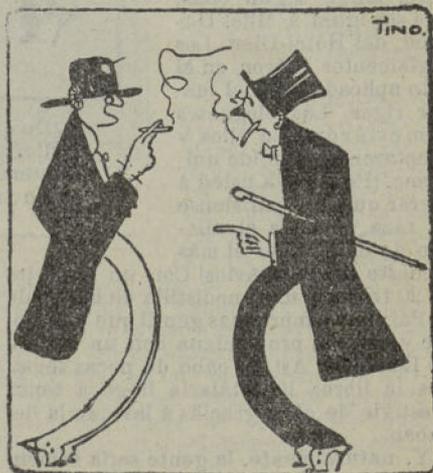
—Una sonrisa es á veces más eficaz que un medicamento.

Siquiera por llevar esa sonrisa á los que sufren, las lindas parisienses debieran ser alentadas, en vez de ser hostilizadas. Y si hay, en realidad, algo de profana coquetería en la ostentación de los mantos blancos y de las túnicas blancas, lejos de luchar contra ella, sería bueno fomentarla. ¿Qué daño pueden hacer las encantadoras damas que se pasean por la calle con sus trajes de hospital? ¿Dónde está el pecado en una alba toca de lino?

ENRIQUE GOMEZ CARRILLO

22 de Octubre.

UNA RAZÓN



—Todo está bien, menos lo de llevar á tu mujer al baile.

—¡Si yo no la llevé!

—Pues me consta que estuvo.

—¡Pero fué ella sola, hombre!

¿Y LA COMPAÑÍA?



- Rosifia, ¿has visto qué grosero ese pisaverde? Ha dicho que te den dos duros.
 —Mujer, pues no está mal.
 —Claro; y á mí, que me parta un rayo.

El camino del taller.

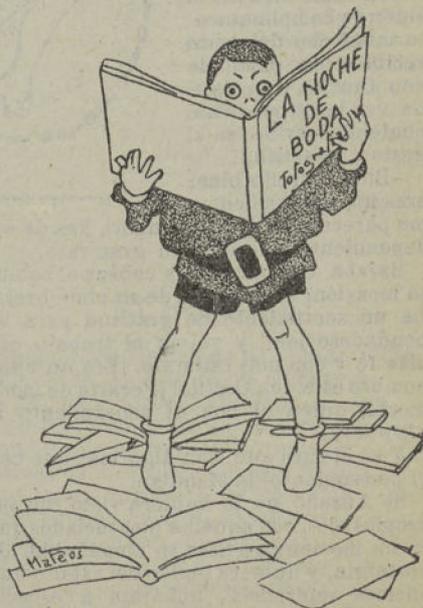
Se encontraba Aurelio en la industrial-cantábrica ciudad bajo la bruma plomiza de aquel cielo bajo, ligeramente deprimido. Había llegado de la vieja Castilla, de un pueblo todo luz, ofensivamente roja á los mediodías, hermosamente anaranjada en los crepúsculos, y siempre franca, sin cendales que velaran el sol tornándole, de apoplético y radiante, en lloroso y enfermizo... Había llegado de la vieja Castilla; era éste su primer viaje, y forzosamente había de influir el cambio en el espíritu del muchacho. Así, á la puerta de la tienda, en vivo sueño de nostalgias, solieron empañársele algunos momentos grises los melados ojos ingenuos.

Aurelio fué en Pedraleda, desde que sirvió para alzar la cabeza tras un mostrador de altura corriente, auxiliar fiel y acucioso de su tío Alvaro, que regentaba, y de él obtenía un pingüe rendimiento, un sombrío tenducho de curtidos, atalajes y guarniciones para bestias.

Y allí hubiera seguido á su placer, que ya decimos que era el chico nada negado para el trabajo y persona muy propia á ser tomada, por el cariño hacia aquellas otras que en su redor vivían y bullían. Pero su tío no aumentaba las soldadas proporcionalmente á las sucesivas exigencias de Aurelio, que crecía y se iba cuajando en apuesto mozalbete, y su padre decidió sacar al muchacho de la tienda y enviarle lejos, donde pudiera encontrar más justa retribución á su trabajo y campo más amplio á sus legítimas aspiraciones de joven trabajador y nada torpe.

Y, al efecto, le colocó en esta ciudad de costa, en un almacén de análoga naturaleza al que hubo de dejar en Pedraleda; pero de muy diferente radio de actividad y de bastante más sonoros perendengues.

PUERILIDADES



—¡No comprendo esto de la cámara nuncial! ¿Qué tendrá que ver el Nuncio con estas cosas?

No sólo atendía al mostrador en unión de otro dependiente, ya maduro, y de la esposa de su jefe, que hemos olvidado decir ostentaba como un lujo el eufónico nombre de don Crótilo, sino que trabajaba en el taller de donde salían casi todos los perfilados efectos de guarnición y talabartería que se transaban en la tienda, con la más viva atención y un entusiasmo muy visible. Sólo en los momentos grises, decimos, cuando ningún inmediato quehacerembargaba su atención imperiosamente, Aurelio soñaba con el cielo limpio de su pueblo y deshojaba una melancólica flor de nostalgia.

Aparte de esto, él se encontraba bien en la ciudad y completamente satisfecho del trato recibido de parte de don Crótilo, que alguna vez le hubo dicho, poniendo cariño en el gesto y la actitud:

--Bien, Aurelio, bien; eres un buen chico, y me parece que, si no cambias, has de ser dependiente mío para un gran rato.

Bajaba, complacido, la cabeza el robusto mozalón; en el fondo de su alma brotaba un sentimiento de gratitud para su bondadoso jefe, y volvía al trabajo con más fe y con más estímulo. ¡Era un buen hombre este don Crótilo! ¡Pecaría de modo mortal quien ni con el pensamiento le ofendiera!

Y es el caso que, con algo más que con el pensamiento, le ofendían.

Si Aurelio no lo hubiera visto con sus propios ojos, con aquellos ojos melados que en los momentos grises se empañaban de nostalgia, y hubiera tenido del asunto una oficiosa referencia, tomárala á especie maledictente y quizá riñera con el osado que fuese con ella á sus oídos. Pero no fué por este conducto por donde el honrado muchacho adquirió la convicción. Fué,



A esto le llaman rendir culto á Terpsicore. ¡De allí q

como decimos, adquirida directamente.

Doña Emilia, la succulenta señora de don Crótilo—carne rosada, dura y unas miasas abundante; ojos azules y brilladores, boca risueña y carnosita, prodigiosa cabellera rubio-oscuro—, engañaba á su marido bellacamente. Y le engañaba con su mejor amigo, con el propio señor Lavales, aquel caballero cuya prestancia apersonada y grave parecía honrar, decorándola de prestigio, la tienda limpiísima de don Crótilo.

No sabía Aurelio, porque era poco leído y no había visto en su vida una sola obra de Carlos Arniches, que en este fregado de las infidelidades conyugales siempre juega el papel de traidor el más entrañable amigo de la víctima, y aquello hubo de herir muy vivamente sus sentimientos impolutos.

¡El pobre don Crótilo! ¡El cochino señor



e así que tenga tantos partidarios la libertad de cultos!

Lavales! Entre estos dos polos giraba todo el mundo de su sincera indignación...

Y, lleno de una calenturienta zozobra, dolido en lo más hondo de su ser, pero convencido de que procediendo de otro modo no pagaba en moneda hidalga el cariño y consideraciones de que le hacía objeto su desdichado jefe, decidió hacerle sabedor de su afrenta...

Y un día en que los adúlteros habían extremado en cénicas expansiones la fiesta de su culpable amor, pues ni siquiera se recataron del muchacho un momento en que se puso al alcance de sus ojos, habló así a don Crótulo, apenas éste regresó de su cotidiano paseo por la playa:

—Don Crótulo, tengo que decirle una cosa.

—Tú dirás, querido Aurelio.

—Pero el caso es que me da algo de vergüenza...

—Vamos, te hace falta algún dinerillo...

—No es eso, no, don Crótulo.

—¿Entonces?...

—Es que cuando usted se marcha, suele venir también el señor Lavales...

—¿Y qué?

—Que el señor Lavales, cuando usted no está, se dedica á abrazar á doña Emilia; y yo que le estimo á usted de veras, no quiero que lo ignore, para que usted...

Don Crótulo no le dejó acabar la frase. «Corazón maduro de sombra y de ciencia», que hubo de decir el vate, inundó todo su rostro una sonrisa filosófica y conmisericordiosa para las ingenuas bondades vigilantes del mancebo, y, alzando la trampa del mostrador, volvió la espalda al dependiente, dejándole envuelto en estas palabras, que no olvidará jamás el pobre Aurelio:

—¡Bah, bah, chiquito!... ¡Tú nunca tendrás taller!...

N. GERNÁNDEZ LUQUERO

SONETO

Doña Angustias Lapin de Puntanfrente, señora que, á pesar de sus cincuenta, dos robustos varones alimenta, encontrándose en cinta á la presente, y que forma un total independiente además de esos dos, y los que cuenta enterrados, de quince, no frecuenta la reunión de Peralta, su pariente, desde cierto altercado sugerido entre el dicho señor y su marido; y, si algún contertulio significa la extrañeza que siente por su falta.

—Desde aquel disgustillo —le replica— nunca paro en reuniones de Peralta.

ANTONIO PEDROSA

LOS PRIMEROS TIROS



—¡Menuda posturita! Lo que es así taráe va usté á tocar el conejo.
 —¡No, pues como salte el mostrador, puá ser que sí que lo toque!

ESBOZOS FEMENINOS

LA MUJER HONRADA

Apenas de la vida en los albores, ella es el hada que á gozar incaba de eróticos placeres la infinita diversidad de encantos seductores.

Y si, heridos por rudos sinsabores, vemos turbada nuestra paz bendita, pronto hallamos consuelo á nuestra cuita en sus dulces y plácidos amores.

Mas el destino, cruel como la muerte, no pudo reservar mayor tormento á ese ángel del hogar que el mundo alegra.

Término medio no hay para su suerte: ó acaba su existencia en un convento dedicada al Señor, ó acaba en suegra!

LA MUJER GALANTE

¡Es donosa y gentil. En ocasiones atrae como la flor con su perfume, mas otras, como el tedio, nos consume venturas, esperanzas, ilusiones.

E e su cuerpo sensual las perfecciones el tormento serán que más le abrumen,

pues á ellas debe el deshonor que sume en un mar infinito de aflicciones.

Sólo á un hombre adoró con embeleso, y á este recuerdo halagador se aferra como á la idea del indulto el preso.

Siempre que piensa en él, sus labios ciepara evitar que se la escape un beso [rra de los que, por salir, están en guerra.

Agustín PAJARÓN

LOS CARACOLES

¡C hico, ¡me dejas atónito! Porque, la verdad, yo siempre he creído que á estas fechas hubieras dado cima á tu conquista con la posesión absoluta de la celestial Julita.

—Pues, aunque te parezca mentira, no hubo tal cosa. Aquella mujer, que constituyó la única preocupación de mis años juveniles, se me fué de entre las manos en el preciso momento en que, vencida por el amor, se disponía á hacerme el sacrificio de su honra...

—¿Qué me dices?

—Tres años llevábamos Julia y yo de relaciones... Gozábamos de la más absoluta

COSAS DE LA VIDA

libertad, y el azar nos había brindado las más propicias ocasiones para realizar nuestros más ardientes anhelos amorosos. Pero Julia era honrada, y con un valor digno de los honores de la historia, defendía el baluarte de su honradez contra mis ciegos y brutales asaltos... ¡No había medio divino ni humano de rendirla!

—Claro es que tú no desmayarías.

—¡Jamás! Porque yo no ignoraba que al final la victoria era mía. Pero verás lo que ocurrió. Recordarás que, por aquella fecha, nuestro compañero Pérez publicó su novela *La hora verde*... La novela era mala, y digna de un juicio sumarísimo, con la ejecución á la vuelta. Sin embargo, como Pérez pertenecía á la sociedad de «Bombos mutuos», había que hacer algo en su obsequio, y se pensó en organizarle un pequeño homenaje. Rechazamos la idea del consabido banquete en la Bombilla, porque nos pareció una vulgaridad indigna de nosotros. Después de amplia y empeñada discusión, se convino en celebrar una comida al aire libre, compuesta de platos populares, tales como callos á la madrileña, caracoles, etc., etc. Se eligió como lugar de la fiesta, un merendero del río, y allí fuimos todos dispuestos á divertirnos y á pasar unas cuantas horas en pleno holgorio... Chico, ¡qué tarde aquella! Los callos estaban succulentos; los caracoles, ¡ah! los caracoles me resultaron deliciosos, sobre todo, la salsa. ¡Ah, qué salsa! Yo cargué hasta no poder más. García, el ilustre poeta bohemio, dió la nota sensacional de la fiesta. Cuando más engolfado se hallaba leyéndonos su último poema, se le fué la cabeza y se cayó al río. En aquel crítico momento, observamos un fenómeno curiosísimo: ¡las aguas del Manzanares se tornaron negras como la tinta! Y cuando García se fué á poner la ropa, después de habérsela se ado al sol, observamos con



—Así de escotadas podremos pedirles las cien pesetas.

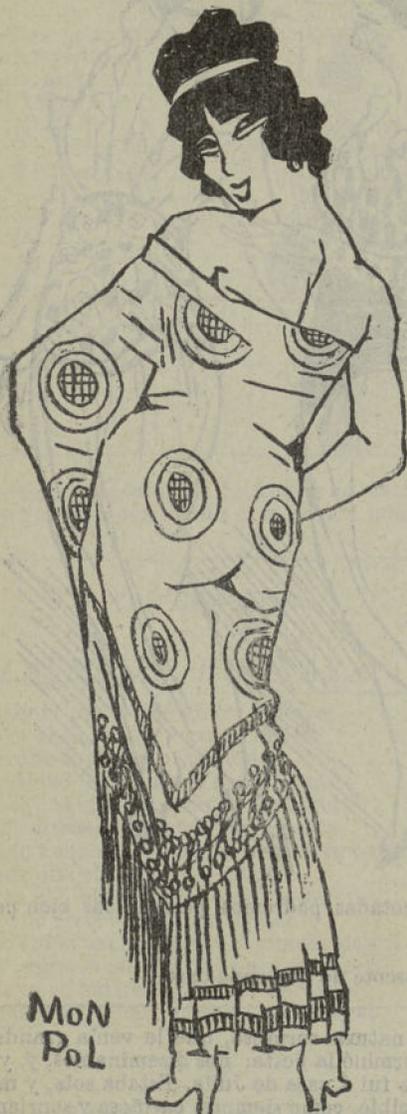
—¿Por qué?

—Porque á escote no hay nada caro.

la natural sorpresa, que le venía grande. Terminó la fiesta; nos diseminamos, y yo me fui á casa de Julia. Estaba sola, y me recibió, como siempre, cariñosa y sonriente. Me senté á su lado y comenzamos á hablar, claro está que sobre el mismo tema. Yo atacaba cada vez con más ímpetu; ella se defendía con valentía, con heroísmo... Hubo promesas, juramentos de eterna fidelidad, miradas igneas, algún que otro beso furtivo... Julia no pudo más... Entor-



¡A ESCENA!



Una de tantas paradógicas—por no decir otra cosa—que, recién salidas del fogón, cuando todavía debieran estar calientes, salen á escena tan frescas...



nó melancólicamente los ojos, se arrebolaron sus mejillas, exhaló un hondo suspiro, y cayó en mis brazos, rendida por el amor... En aquellas solemnes circunstancias, me sentí presa de un agudo é intenso dolor abdominal; me oprimí el vientre con ambas manos, y abandonando la codiciada presa, partí veloz, buscando refugio en el lugar más excusado de la casa... Cuando á los pocos minutos volví tranquilo y satisfecho, hallé á Julia en pie, erguida... ¡daba miedo mirarla!

—Julia—exclamé.

—Caballero, esa es la puerta—me dijo, indicándome la salida.

—Pero, Julia—insistí.

—Cuando se viene á visitar á una mujer como yo, se traen hechos ciertos menesteres fisiológicos...

MANUEL SORIANO

ENVIO

A una dama romantica'y orgullosa.

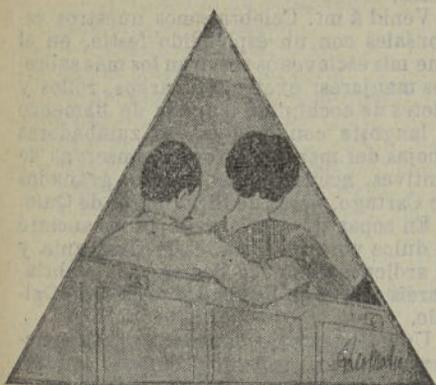
Oídme, señora, mujer-hembra, mujerdiosa, ó lo que fuéreis: os adoro, deseo vuestras caricias, que han de dar á conocer á mi cuerpo nuevas sensaciones; deseo vuestros besos ardientes como el sol de los trópicos.

Oídme, señora: Lo tengo para vos en una covacha donde la luz del sol jamás entró: talegos repletos de monedas de oro, que refulgulan misteriosamente á la misera luz de mi candil; cofrecitos de plata y ébano tallado que guardan joyas eritreas, perlas blancas y negras engarzadas en collares y diademas; brillantes cuyas luces envidiaría el arco iris; grandes diamantes azules, rubies, zafiros, esmeraldas, topacios y ópalos.

En cajas de madera del Líbano, guardo finos lienzos de Egipto, ricas telas de Cárbaso y Damasco, velos de Cachemira, tapices de la Persia y sedas bordadas con oro del Japón. También tengo túnicas doradas y del color de la amatista, como las del César; peplos de color azul de cielo para cubrir vuestro grácil cuerpo, y sandalias blancas bordadas de púrpura para calzar vuestros pies pequeños como la almendra.

En grandes arcones, que cierran cuatro llaves, tengo porcelanas de Sevres, irisa-

«LA GARRA»



El.—¿Verdad que, viendo esta obra, el más católico se decide por la separación?

Ella.—Sí; pero tú no pareces muy católico; al menos, no llevas traza de separarte...

das cristalerías de Bohemia y de Alejandria, figulinas de Tanagra, vasos etruscos, vasos corintios, vasos olorosos de alabastro de Cosmo, cinceladas vajillas de oro y plata y esculturas de marfil, cuyos zócalos pequeños son de concha y nácar.

Poseo castillos y palacios de mármol adornados con bronce de Corintio y columnas de alabastro y esmeraldina, y muebles de ciprés, cedro y limonero de Libia; pueblos y villas de cuyos feudos no puede disponer ningún rey; campos fértiles que producen tres cosechas al año; bosques infranqueables de mirtos, cedros, tamarindos, olivos y palmeras olorosas; frondas umbrías como las de Anxur; inmensos jardines lujuriantes y floridos, tapizados de fragantes azafranes coricios; sangrientas rosas pestanas, clemátides, adelfos, gladiolos, anemonas, azucenas y lirios blancos y rojos.

Huertos donde se cultivan los más sabrosos frutos; estanques de verde é inquietada superficie, donde florecen nenúfares, lotos, helechos y negros asfodelos; cotos donde la caza abunda; faisanes de sedoso plumaje y aves con el pico de oro, que trinan maravillosas melodías.

Una flota de doscientas galeras pasea mi pabellón y mi poderío por todos los mares; quinientos mil hombres armados

obedecen sumisos á la voz de mi mandato. Trescientas esclavas escogidas entre las más hermosas hijas de Circasia, quinientos esclavos sirios y cincuenta gigantes del Danubio, cuidan de mi persona y guardan mis tesoros.

¡Con la sangre que derramara al cortar las cabezas de mis siervos y vasallos, inundarían mis territorios, y el mar secaría sus aguas si arrojara en él los cuerpos de mis víctimas.

Los reyes y emperadores hánme otorgado mercedes y honores... Soy poderoso, muy poderoso... Soy casi un dios...

Joyas, riquezas, tierra, poder, hono-

DEL HOGAR DOMÉSTICO



El.—Eso es, y ahora, enfátate, para que, además, sea verdad lo de apaleado.

Ella.—¡Como me has dicho que si después de eso me atreva á mirarte cara á cara!

res... todo es para vos, mujer que adoro; todo os lo entregaré por un beso de vuestros labios rojos como un crepúsculo otoñal. Yo quiero que vuestras manos, nobles y pequeñas manos, me acaricien mimosas; que vuestros ojos, negros como la noche, me miren con amor; que vuestra voz delicada y argentina tan sólo salmodie palabras de cariño y de pasión, y, á cambio de

DEL GRAND-HOTEL



—¿Otra vez las botas? Por lo visto, estos recién casados creen que me voy á pasar la vida quitándoles el polvo.

ello, yo os entregaré mis tesoros, mi poderío, mi libertad, mi vida...»

Venid á mi, señora, mujer-hembra, mujer-diosa ó lo que fuéreis. Venid á mi.

Yo perfumaré vuestros negros cabellos con el cinamomo sirió, y mis esclavas untarán vuestro alabastro cuerpo con aceites olorosos de la Arabia y esencias de nardos, ámbar y verbena.

Adornaré vuestra cabeza con guirnal-

das de flores, y os vestiré con el flámeo, el sagrado velo color de fuego de las esposas.

Venid á mi. Celebraremos nuestros esponsales con un espléndido festín, en el que mis esclavos os servirán los más sabrosos manjares: exquisitos barbos, rollos y filetes de cochinitillo; lenguas de flamenco y langosta con miel de las zumbadoras abejas del monte Cecropio; conservas de Antives, aceitunas del Piceno, granadas de Cartago, peras de Siria, higos de Quio.

En copas de oro labrado os escanciaré el dulce vino de Creta, el de Campania y el ardiente mosto de Secia, y os embriagaréis con viejo Falerno y néctar de Opimio.

Una orquesta de flautas y sistros griegos, cimbalos armenios, cítaras, laúdes, arpas, formingas, clarines, trompetas y tambores recrearán vuestros oídos durante el festín.

Y después, allá en las sombras de nuestra alcoba nupcial, yo tendré para vos las más sabias caricias y las más refinadas voluptuosidades aprendidas en el Didakalión y en los prostibulos de Didimor y del Summenio...

Si no me queréis, si huís de mí como de un peligro, si no dejáis calmar el fuego de mis labios en los vuestros, si despreciáis mi amor... mis esclavos os arrastrarán por los mármoles de mi palacio, mis circasianas atormentarán vuestros bellos ojos con alfileres envenenados, os harán beber los amargos brevajes de la bruja de la Cueva Negra, y mis soldados pasarán por encima de vuestro cuerpo á paso de guerra.

Y haré que las fieras despedacen vuestras carnes y que arrojen vuestros despojos á una hoguera, y vuestras cenizas serán aventadas, para que no quede huella ni señal de vos...

F. DE SOREL

Lea usted

Teatros y Salones

Revista Artística semanal.

Precio: 15 céntimos.

... Y vamos tirando.

—Aquí tengo un prisionero; venga usted, mi capitán.
 —Tráetelo, tráetelo, Juan, que la patria es lo primero.
 —Que está en peligro, y no quiero dejar mi puesto de honor; capitán, haga el favor...
 —¡Ven aquí ya, condenaol
 —Si es que me tiene agarrao y no me suelta el traidor.

—¿Qué es alpinista?—pregunta un niño á su sacerdote.
 —Alpinista es, hijo mío,

el niño que va á los montes á diario, y por los cerros sube y baja.

—Pues, entonces, mi abuelito es alpinista; porque agarra los colchones á lo mejor, y nos dice:
 «Ya vuelvo, que voy al Monte.»
 —¿Y qué trae?

—Las papeletas de empeño por colecciones.

Luis ESTESO

Agentes exclusivos en Sud América
 MASIP Y COMPAÑÍA
 RIVADAVIA 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones «España» (S.A.)

EL ARTE

Academia de couplets.

Impostación de la voz.

Canto y declamación lírica.

Repertorio de Ópera y Zarzuela.

Se escriben couplets

ad hoc, del género que se deseen.

PRECIOS MODICOS

Jacometrezo, 80, entresuelo derecha

Horas: de 10 á 1 de la mañana
 y de 3 á 8 de la noche.

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

LA INGLESA

Primera casa en gomas
 higiénicas.

MONTERA, 35, (Pasaje)
 y VICTORIA, 3, Ortopedia.

Catálogo gratis enviando sello.



¡Colosal obra erótica!

La noche de boda

CONTADA

por algunos casados y casadas

Relaciones verídicas y sensacionales del más puro naturismo.

Un magnífico tomo con cubierta en colores, UNA PESETA.

Pídase en todos los kioscos, librerías de España, América y á la Editorial Dep, Córcega 299, Barcelona, que lo envía franco contra su importe en sellos, etc.



Viuda de José Lerín

Encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid. Abada, 22, tienda. Reparte toda clase de periódicos y revistas

Para toda clase de trabajos tipográficos, dirigirse á la
 Imprenta de «Ediciones España»,
 Calle de Santa Isabel, 46.

Biblioteca secreta

SOLO PARA HOMBRES Y CASADAS

por M. de Alba.

Forman esta interesante biblioteca de enseñanzas para la vida privada, tomos de 64 páginas, tamaño 16 por 12 centímetros, tirados en buen papel, y con ilustraciones los que así lo requieren.

TOMOS PUBLICADOS:

1. Misterios del lecho conyugal.—2. Secretos del lecho conyugal.—3. Placeres y vicios solitarios. (En el hombre y en la mujer).—4. La noche de la boda.—5. ¿Quiere usted conocer la virginidad de una mujer?—6. Extravíos y pasiones amorosas.—7. Vicios y costumbres sexuales.—8. La prostitución en el siglo xx.—9. Las enfermedades secretas. (Cómo se evitan y cómo se curan).—10. El matrimonio fecundo.—11. La perversión sexual.—12. Higiene de los placeres amorosos.

50 céntimos el tomo.

De venta en todas las librerías, centros de suscripciones y kioskos de España y América. Remitiendo su importe en forma de fácil cobro, por Giro postal ó en sellos de franqueo de España, se enviarán por colecciones ó sueltas. De desearles certificados, hay que añadir 25 céntimos
Diríjase á

B. Bauzá, Aribau, 175, Barcelona.

HOMBRES

Faltos de energías, nervioso-musculares, impotentes, gastados por abusos de Venus, solitarios, alcohólicos, pesares, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el VIGOR SEXUAL KOCH de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El VIGOR SEXUAL KOCH se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de DEBILIDAD se pida á la CLINICA MATEOS, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el GRAFICO SEXUAL, y lo recibirán gratis por correo, reservadamente.

Antes, EN EL LECHO CONYUGAL y después!

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas.** Buenas librerías de España.—En Madrid, Fé, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo certificado, enviando 3 pesetas por Giro postal á *Archivo*. Apartado 432, Madrid.

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados).—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas,

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por cinco pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar.—Los pedidos, con su importe, diríjanse *únicamente* á *Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º Derecha, Madrid* (Casa fundada en 1896).—*Biblioteca privada.*—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.